

Los cuernos de un dilema o teoría *queer*. Acerca de la descontextualización infértil o la recontextualización local

Magdalena De Santo

CINIG-UNLP

Para la mujer tercermundista que tiene, si acaso, un pie en el mundo feminista literario, la tentación es grande de adoptar las modas actuales de sentir y de teorizar, las últimas verdades a medias del pensamiento político
Gloria Anzaldúa “Hablar en lenguas” (1988: 222)

Uno de los pilares característicos de la *queer theory* es la resignificación de la palabra *queer*, cuya trayectoria terminó por invertir su pasado de término agravante: hoy *queer* resulta una oportunidad discursiva de reparación histórica. La potencia de la teoría se complejiza cuando la palabra *queer* no tiene el mismo peso semántico en estos territorios. El siguiente trabajo gira en torno a la relación compleja que podemos establecer con una teoría inicialmente foránea. Repondremos una dicotomía conceptual y ficticia que, a nuestro entender, corre peligro de perder de vista algunas variables situacionales. Esperamos problematizar la idea de dilema, antagónicamente irresoluble, disyunto y dicotómico, con esbozos que no refieran únicamente a la infidelidad idiomática a la que muchas veces está asociada la noción *queer* en estas latitudes.

Comienzos de una relación

Como es sabido en inglés *queer* significa “raro”, “torcido” o “desviado”. Su origen etimológico sajón se rastrea del término alemán “que”, cuya significación es prácticamente la misma. Menos sabido quizás es que nuestro término ya a mediados de los años 20 del pasado milenio era utilizado por la propia comunidad homosexual masculina para autodesignarse. Es decir, en Norteamérica *queer* era uno (sino el único) término a disposición para referir a la homosexualidad. Por ello, algunos varones se asumían de esta manera y se nombraban *queer*.

No obstante una década después, un grupo de jóvenes que ya no se identificaba con aquella descripción pone en circulación un nuevo término. Conocida y legitimada hasta nuestros días y nuestro contexto emerge en EEUU la palabra “gay” que se populariza rápidamente desplazando a la vieja *queer*. Es entonces en los años ‘30 que comienza la historia peyorativa de *queer*, recién cuando la nueva palabra estaba al alcance de la juventud homosexual de la época. A este respecto, Penedo apunta:

Resulta curioso que el término gay surgiese como fruto de una rebelión por parte de los homosexuales más jóvenes que pretendían marcar una separación entre sus formas de entender la homosexualidad y la desviación sexual que lo *queer* implicaba en aquellos años, y que sea ahora cuando, en una especie de camino de vuelta, sea el término *queer* el que vuelve a jugar ese papel en el proceso de resistencia (Penedo, 2008: 36)

Así, inusitada, la torsión *queer* se encausó paulatinamente hacia aquella heterodesignación violenta. Por largas décadas quedó estacionado como vituperio que terminó separando, tal como afirma Butler, dos tipos de comunidades: aquella que lo profería y homófoba y aquella que se resistía. (Butler, 2008: 318). Pasadas las décadas, a mediados de los ‘80, mientras la comunidad de gays y lesbianas peleaba por sus derechos, escritores de fanzines y cineastas de la subcultura punk de la época impulsan un creciente activismo en EEUU que se propaga raudamente hasta Londres. Así, algunos de los que no acordaban ni con la cultura heterosexual ni con lo que la cultura gay del momento comienzan sus primeras producciones intelectuales que denominan *queer*. Mientras otros tantos se apropiaban de aquel insulto homofóbico a modo de parodia.

Independientemente de las controversias en torno a cuál fue la primera aparición académica del término, sin duda debemos mencionar a De Lauretis que en 1991 titula su escrito “queer theory: lesbian and gay sexualities” en *Differences*. A su vez, en el mismo año se publica la compilación de ensayos de Diana Fuss en el libro *Inside/Out*. Los artículos que allí se incluyen, en cierta medida, marcaron el rumbo que seguiría la *queer theory* y quiénes serían sus representantes más destacados.

En 1993 tanto Judith Butler (“Acerca del término *queer*” 2002: 313-339) como Eve Kosofsky Sedwick (*Queer performativity*, en *GLQ*, vol.1, n 1, 1993) en distintas ocasiones narran cómo el término *queer* cambió de sentido. De ahí que, para ellas, la transformación

que ha sufrido la noción *queer* resulta un pilar de la propia teoría homónima: pone de manifiesto que las palabras, o mejor dicho los usos del lenguaje en proceso de transformación constante, son herramientas políticas. Bajo la estela derrideana, ambas autoras, asumen que la resignificación de los términos está dada por un tipo de *inversión* de sentido constitutiva. Y aquello que fue un vocablo de odio hoy es el valor de lo “anti-normativo”, estandarte de un movimiento teórico-político. Es la condición de arma verbal pasada e impresa en la subjetividad individual y colectiva lo que hace que el término sea, en este contexto, manifiestamente poderoso. En virtud de ese pasado eficazmente hiriente, su resignificación positiva conserva un poder, pero ahora, en un sentido inverso.

En pocas palabras, la resemantización de *queer* tiene como condición su repetición siempre abierta (su iterabilidad) y la incidencia que tiene en la formación de la subjetividad (performativo). Esta inversión hacia una asunción desafiante y positiva está mediada por una cadena de significaciones históricas que, lejos de renovarse completamente en cada momento, se mantiene en continuo movimiento. A su vez, la semántica del término varía acompañada a su contexto: la noción transmuta su sentido justamente porque su marco de enunciación también es dinámico. Recíprocamente, contextos artísticos, militantes, institucionales, cotidianos, etc. se van modificando a partir de los nuevos usos que se difunden entre los años '80 y '90 de *queer*.

Los cuernos

Ya transcurridos los primeros años de este milenio, Brad Epps publica en la Revista Iberoamericana de la Universidad de Pittsburgh un artículo que tiene como propósito metodológico rescatar del olvido algunos tópicos discursivos que el escritor argentino Néstor Perlongher puso en circulación.¹ Para ello, Epps argumenta extensamente sobre el impacto diferencial de la *queer theory* en el Norte y el Sur.

En un contexto anglo-parlante, afirma el estadounidense, la *queer theory* contiene la fuerza histórico-discursiva que implica la combinación de la calle con la academia, la injuria con la alta reflexión filosófica. Para él, combinar dos términos, uno de alcurnia

¹ Epps, B. “Retos, riesgos pautas y promesas de la teoría queer”, Revista Iberoamericana, n° 225, vol.74. University of Pittsburgh, Pittsburg, 2008, pag 899-920.

griega y otro de connotaciones despectivas y groseras, manifiesta la voluntad primordial de la teoría, a saber, promover “híbridos bastardos”. Por eso, cuando *queer* se vuelve teoría se convierte en un valor político-militante que subvierte el orden establecido tanto de la calle como de la academia. De ahí en más, Epps dispara sobre la eficacia que pueda tener la *queer theory* en un contexto que no es anglófono.

En primer lugar, sostiene que en nuestra América el término *queer* no resulta ni callejero ni coloquial, no está vinculado a ninguna cadena histórica de significaciones, ni da cuenta de aquella trayectoria que se inaugura en el escarnio o la injuria. La hipótesis del autor entonces es que *queer* en Latinoamérica carece del peso de las microhistorias interpersonales que lo cargan de sentido, por lo que pierde su vigor. Aquí es “Foráneo, extraño y nuevo, incluso, y tiende a usarse de manera casi exclusivamente teórica” (2008: 899)

En segundo lugar infiere que si la fuerza reivindicativa del término *queer* en contextos anglófonos está dada por una memoria de carga injuriosa, la diferencia geopolítica, histórica y temporal en la recepción hispano-parlante deviene inconmensurable y hasta perjudicial. “dañina (...) la aplicación de la teoría *queer* (...) a cualquier sociedad que no sea mayoritariamente anglófona”. (2008: 901)

Finalmente, para Epps, en el Sur la teoría *queer* no es un híbrido bastardo ya que su textualidad opera sólo académicamente. Argumenta que si la potencia del término estaba en el hecho de incluir al interior de la academia la carga histórica de la calle, en un contexto hispanohablante, la noción sajona mantiene aún más distanciados los contextos. Básicamente, *queer* en Latinoamérica no significaría nada por fuera de los estudiosos de la teoría norteamericana.

El problema es que la teoría *queer* –a diferencia de “queer theory”- no inquieta, al menos no inquieta por la carga histórica, práctica e interpersonal de la palabra “queer”, su familiaridad sedimentada, su polisemia contradictoria (escarnio y elogio, tradición e innovación), todo lo cual permanece virtual y puramente intelectual en un contexto no anglófono. (2008: 902)

A juicio del autor, se trata de subvertir el orden tanto de la academia como de la calle y para ello se necesita la circulación de términos con el peso de microhistorias personales que lo carguen de sentido. Desde esta perspectiva radical, entonces, ponderar la teoría *queer* aquí obstaculiza la posibilidad de acción de otras tantas nociones locales también susceptibles de resemantizar. La distancia socio-lingüística, sostiene el autor, hace

que *queer* sea una importación intelectual que silencia otros términos callejeros locales con carga histórica injuriosa en nuestras latitudes.

Más que infieles

Según interpreto, los problemas de traducción están a la base. Epps observa en la importación fonética una traba insoslayable. Pero, recordemos los artículos de Delfino-Rapisardi “cuirizando la cultura argentina desde La Queerencia” o el de Felipe Rivas “diga cuir con la lengua afuera” o a las Mujeres Públicas “Veladas Paquetas queer georgé”. Todos casos de “hispanoparlantes” (nuevo gueto homogéneo constituido por la ortodoxia norteamericana) que no sólo son infieles al término sajón sino que operan sobre esa infidelidad mediante una reapropiación que denuncia todo tipo de descontextualización infértil. Asimismo, considero que los problemas que contrae la importación intelectual no son reductibles a la falta de un término equivalente al castellano. Esta desventaja parece insalvable si iluminamos que en nuestro contexto *queer* no tiene esa misma historia política que pretende Epps. Pero tampoco cabe olvidar aquello que *hizo lo queer* -y viene haciendo- sobre nuestros cuerpos.

A mi juicio, el autor entiende el desplazamiento o resignificación de la noción como un movimiento unidireccional que va de la calle a la academia. Para él aquellos “híbridos bastardos” sólo tienen valor cuando una noción coloquial es apropiada por la textualidad académica. Al respecto diría que en nuestra América ocurre lo contrario, una noción importada y legitimadas en la academia pertenece a la calle y a la militancia. ¿El autor no sostiene una concepción demasiado estrecha de contextos bien delimitados? Creo que, las derivas de las nociones no se producen ni circulan en dos escenarios tan claramente cercados como “la academia” y “la calle”. La teoría circula, no sólo a través de textos académicos sino que se ha ido instalando en una proliferación de focos políticos más o menos institucionalizados. Desde diálogos interpersonales, redes sociales, obras de arte, radio, tv, marchas hasta conquistar la esfera legislativa. Además, si retomamos la idea de que la acción de que un término no transforma tanto al contexto hispanohablante como al anglófono. ¿De qué tipo de incidencia contextual estamos hablando? ¿Acaso la academia no penetra en la sociedad y colabora a ampliar nuestros marcos de inteligibilidad? ¿Es

cierto que bajo la hegemonía de inteligibilidad *queer* nociones locales se encuentran borradas por el gesto extranjerizante y academicista que viene consagrando a la teoría? A mi entender ocurre exactamente lo contrario, la *queer theory* es habilitadora. En primer lugar, porque nuestra academia nunca dejó de importar nociones extranjeras. Su condición, siempre un tanto colonialista, revistió de cierta formalidad a la teoría *queer* que nos permite abrir espacios de lecturas como el nuestro (grupo de lectura *queer*) y un área *queer* con fuerte trabajo de extensión en cárceles como el de Delfino, o este mismo simposio que nos reúne. ¿Si no tuviéramos la teoría *queer* tendríamos condiciones institucionales para hacer este simposio de filosofía en cuyas ponencias encontramos títulos como el de Eduardo Mattio “Pensar con el culo. Consideraciones en torno a una filosofía de la diversidad sexo-genérica”? ¿Acaso no celebramos que el AFRA nos acepte y con ello acepte también que nuestras “malas palabras” estén finalmente incorporadas al canon reflexivo? ¿Sin el precedente de la *queer theory* hubiéramos podido sostener una teoría de tortas y maricas?

Nuevas formas de amar

Podemos seguir cuestionando si la teoría *queer* está descontextualizada, tal como afirma Epps, o mejor si su pretensión de combinar estrategias locales con los sistemas de poder que operan a nivel transnacional resulta exitosa. Es cierto que, cómo adaptamos o utilizamos lo *queer* en nuestros territorios es un campo de análisis todavía no debidamente explorado (Penedo, 2008: 261) En este sentido, me parece que antes de seguir separando grupos y contextos, debemos seguir cuestionando que el término *queer* ha propiciado también un mercado de masas, que ha dado un salto de la academia y del activismo para convertirse en un término atractivo for export que vende (tango *queer*, por ejemplo)

Pero también es cierto, como mencionamos, que la des-localización de la teoría tanto en términos territoriales como temporales ha permitido la proliferación de nuevas formas de teoría *queer* que, como dijimos, critican todo tipo de colonialismo intelectual como que se alejan de la ortodoxia performativa de la teoría norteamericana.

Lo que considero importante, justamente, es que existan condiciones objetivas para que se produzca una apropiación de la teoría de manera tal que pueda ampliar sus márgenes e incluir a aquellos que históricamente, parafraseando a Spivak, no podían hablar desde sí

mismos. Como afirma Nelly Richard, el problema no es tanto la americanización del saber o la intraducibilidad *queer*, sino las epistemologías miméticas que reproducen acríticamente un conjunto de enunciados, convirtiéndolos progresivamente en un conjunto de tautologías que se obstruyen a sí mismas y resultan políticamente estériles. Por lo tanto, haciendo un uso impropio o descontextualizado de las teorías se evidencia que las tecnologías del saber fallan, son discontinuas, y posibles de subvertir. En esa dinámica es donde, creo, se puede producir una incorporación “desviada” del conocimiento, propiamente situado, donde se constituyen espacios epistemológicos diferenciales, raros para los norteamericanos y completamente evidente para nosotros.